

## RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

*Ortega y Gasset, critique d'Aristote*, por Alain Guy. Privat. Toulouse, 1963.

El Profesor Alain Guy, de la Universidad de Tolosa de Francia, es bien reputado como especialista en filosofía española, y aún de lengua española, singularmente por los dos volúmenes de su obra *Les Philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui*, única de su tema o en su género. A la lista, ya considerable, de sus libros, ensayos, artículos, comunicaciones y traducciones de la filosofía de su especialidad, ha sumado últimamente un volumen que le movió a componer el de Ortega publicado póstumamente bajo el título *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*.

El volumen del Profesor Guy no se ocupa con el de Ortega en su totalidad. Es éste un volumen compuesto —en el doble sentido del origen y del contenido— de una manera, a mi modo de ver, que sería extraña si no se tratase de una producción de Ortega, en quien se trataría de un caso más de una manera habitual. Habiéndose propuesto estudiar la idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva hasta Leibniz, y quizá también desde él o después de él, y habiendo estudiado efectivamente el tema en Aristóteles, Euclides, el estoicismo y la Escolástica con gran amplitud y detalle, apenas iniciado el estudio de Descartes, interrumpió la prosecución del plan a que responde todo lo anterior, y sin llegar a Leibniz, por lo que el libro resulta un paradójico libro sobre Leibniz sin Leibniz, da un salto, justificado, pero malamente, bajo el punto de vista de la composición, a un ajuste de cuentas con Heidegger y a una exposición de propias ideas de filosofía

de la filosofía.<sup>1</sup> El Profesor Guy ha prescindido por completo de esta segunda parte, para ocuparse exclusiva, pero minuciosamente, con lo que es, en verdad, el meollo de la primera. Ésta es una exposición y crítica de la concepción del principio, de la teoría, de la filosofía, que puede llamarse antigua o aristotélica, por su principal representante y fundador, a la que se contrapone la concepción del principio, de la teoría, de la filosofía, que puede llamarse moderna, fundada por Descartes y que tendría su principal representante en Leibniz. Pero como a éste no se llega y ni siquiera se acaba con aquél, la gran aportación resulta la exposición y crítica de la concepción antigua o aristotélica —que es aquello que toma por tema de exposición y crítica a su vez el Profesor Guy.

La exposición y crítica por éste de las de Aristóteles, en sustancia o esencia, por Ortega, va siguiendo las articulaciones de éstas, aunque rearticulándolas de forma que las hace resaltar mejor de lo que resaltan en el texto de Ortega. Pero el Profesor Guy no se ha contentado con esto. Como dice él mismo: “En el curso de nuestro trabajo, hemos recogido y utilizado igualmente paso a paso, en las diferentes obras de Ortega, casi todos los temas doctrinales caros al maestro español, a través de los textos más variados (que, encima, hemos tra-

<sup>1</sup> Véase J. Gaos, “El Leibniz de Ortega”, en *Diánoia*, 1960. En esta reseña no tengo en cuenta la posibilidad de que Ortega hubiera planeado llevar la evolución de la teoría deductiva hasta el punto de poder proceder a un ajuste de cuentas semejante; pero, en todo caso, se habría saltado toda la edad moderna de la evolución, desde Descartes hasta Heidegger, y la crítica que hace de éste y la siguiente filosofía de la filosofía no tienen nada o tienen poco que ver con la teoría deductiva.

ducido nosotros mismos), con sus tesis originales y sus complejas resonancias, que contribuyen a hacer sentir mucho mejor el alcance de las ideas y las exégesis así ofrecidas. De tal suerte, la resuelta opción de Ortega por el modo de pensar de los modernos o su aversión por lo que llama "el empirismo sensualista" de los antiguos, se encuentra motivada de muy diversa manera y completada con muchas referencias a otras vistas del autor, todo a lo largo de su fecunda carrera, desde su estancia en Marburgo hasta su exilio en Argentina y Portugal, y después en su retiro madrileño tras la segunda Guerra Mundial" (págs. 15 sig.). Pero tampoco con esto se ha contentado el Profesor Guy. Como nos lo dice él mismo, a lo largo de la exposición y crítica de las de Ortega ha multiplicado las referencias a otras de los mismos puntos, ya clásicas, aunque modernas, ya las más recientes, principalmente españolas y francesas, como es natural, pero en modo alguno exclusivamente tales. Justipreciense, pues, el enriquecimiento que representan las tres aportaciones que se acaba de indicar, y quizá particularmente la segunda, dada la dispersión de las ideas de Ortega acerca de un mismo asunto por toda su obra: las aproximaciones de textos hechas por el Profesor Guy ilustran muy bien el "pensar circunstancial" de Ortega.

El Profesor Guy tampoco se contentó con las insinuaciones críticas incidentales que va haciendo a lo largo de su exposición, sino que en una "Conclusión" procede a una presentación bien expresa de la docena de observaciones, reservas, reparos, objeciones que piensa deber hacer a la exposición y crítica del aristotelismo por Ortega: sensualismo de Aristóteles en general y de la Escolástica, empirismo de los estoicos, sensualismo de Aristóteles en su teoría de los principios, la definición en Aristóteles, deducción trascendental de los principios por él, analogía en él y en la Escolástica, concepción orteguiana de la on-

tología, ausencia de un axiologismo dinámico en Ortega, la Escolástica en general según él, concepción orteguiana de la unidad de la ciencia, menosprecio de Ortega por lo sensible y las formas psíquicas inferiores, falta de "las prolongaciones del empirismo y el sensualismo posteriores al triunfo del modo moderno de pensar exacto", olvido del intuicionismo matemático. En aquellos de estos puntos que lo requerían, apela el Profesor Guy a las autoridades competentes. Con todo, es su "Conclusión" la parte más personal e importante de su propia labor.

El Profesor Guy cita mi reseña del *Leibniz* en este mismo Anuario, pero sin duda no le convenció la hipótesis que expuse en ella acerca de la composición del libro, pues que no la utiliza para explicar lo que sigo, sin embargo, pensando que permite explicar: las incoherencias internas del libro y las de él con otros textos de Ortega —entre el antisensualismo idealista de Ortega en este libro y su *posterior* "realismo" vitalista. Lo marburgués de la primera parte del *Leibniz* no deja de ser reconocido por el Profesor Guy: "Tampoco es imposible estimar que a Ortega le obsedió en exceso, en su interpretación de Aristóteles, su primera formación kantiana, recibida en Marburgo antes de la guerra de 1914. Lo mismo que Natorp consideraba a Platón como un precursor del filósofo de Koenigsberg, Ortega confiesa explícitamente que a sus ojos la teoría aristotélica de los principios constituye una verdadera 'deducción trascendental' que recuerda la *Crítica de la razón pura*; más aún, las operaciones de la razón peripatética, tal como las presenta, se parecen extrañamente a la construcción kantiana de los conceptos. Al hacer esto, ¿ha respetado suficientemente Ortega la inmensa distancia de siglos que separa a los dos pensadores?" (págs. 186 sig.).<sup>2</sup> Pero esta

<sup>2</sup> Y es curiosa la posibilidad de que el ver Ortega, más o menos aleccionado por los maestros de Marburgo, en la demostración in-

observación, la cuarta de las hechas en la "Conclusión", no es utilizada como clave para la inteligencia y justipreciación del *Leibniz*, como puede y debe serlo, según la mentada hipótesis. Ésta sigue siendo la de que el libro es en su primera parte oriundo de Marburgo, hasta el punto de no haber sido reelaborado el material con que está compuesta como hubiera debido serlo para hacerla coherente con las posiciones tan divergentes de las de Marburgo, y hasta contrarias a ellas, tomadas posteriormente por Ortega, incluso en la segunda parte del mismo libro. La primera parte del libro expone una concepción marburguesa, en lo positivo y en lo negativo, de la que pasó Ortega a la de sus razones vital e histórica, antiidealista, paraexistencialista. Ortega hubiera podido dar al *Leibniz* coherencia interna y con otros textos suyos, contraponiendo al modo antiguo de pensar, fundamentalmente sensualista según él, el modo moderno de pensar, idealista —y contraponiendo a éste el modo contemporáneo, actual, suyo, de pensar, ni realista ni idealista, raciovitalista, si se quiere; como programó en otros textos, como apunta, por la fuerza misma de las cosas,<sup>3</sup> en algún que otro lugar del pro-

directa del principio de contradicción por Aristóteles una deducción trascendental, sea un punto de excepción acertada en las interpretaciones modernizantes de los griegos hechas por aquella escuela, ya que Aristóteles muestra cómo sin el principio de contradicción no es posible el *logos* que diferencia al hombre del animal y de la planta, por lo que la referencia a ésta pudiera tener un sentido y una justificación *doctrinal*, no menos profunda, aunque menos subjetiva, que la irritación momentánea imputada a Aristóteles por Ortega, o la ironía característica atribuida a Aristóteles por Diógenes Laercio y comprobable en no pocos pasajes hasta de una obra tan seria como la *Metafísica*.

<sup>3</sup> Así, algunos de los rasgos de modernidad reconocidos en Aristóteles, el "existencialismo" (pág. 143, del libro del Profesor Guy, como en todas las demás citas hechas en esta reseña), el "actualismo" (págs. 158 sigs.) —es decir, la interpretación y uso que hace Ortega de la distinción hecha por Aristóteles entre movimiento y acto *strictissimo sensu*—, pero

pio *Leibniz*, y como no llegó a desarrollar acabadamente en ninguna parte. Si se toma el *Leibniz* como producción de la fecha de la redacción, la resultante posterioridad a la mayoría de los textos racio-vitalistas y raciohistoricistas, hace inexplicable el salto atrás de la primera parte, ni siquiera acudiendo a los vaivenes del "pensar circunstancial". Por eso es quizá la única inexactitud considerable del volumen del Profesor Guy, la que cifra su subtítulo: "La ambigüedad del modo de pensar peripatético juzgada por el raciovitalismo". Quizá no; quizá más bien: juzgada por el idealismo de Marburgo —que había de ser juzgado a su vez por el raciovitalismo. "Si es, así, bien concebible que se llame a cuentas, sobre varios puntos mayores o menores, a la exégesis orteguiana de la epistemología peripatética, se debe, en todo caso, reconocer, pensamos, su originalidad y su coherencia, en función de las posiciones perspectivistas y raciovitalistas del maestro español" (página 192). Quizá tampoco; quizá más bien: en función de las posiciones de Marburgo que habían de ser rechazadas por las perspectivistas y raciovitalistas. Lo exacto es esto otro: "El desprecio de que hace ostentación Ortega por lo sensible y también por las funciones psíquicas llamadas inferiores parece un poco excesivo... ¿no corresponde, por lo demás, a una fase de la trayectoria mental de Ortega que rebasó éste más adelante, en provecho de un raciovitalismo donde el idealismo integral está recusado notoriamente y la inserción en la circunstancia<sup>4</sup> orgánica y social plena-

quizá no otros, principalmente el hibridismo de su pensamiento según los págs. 120 sig., 196 sig.; algunas de las ideas ontológicas con que refuerza la crítica del aristotelismo; la utilización de la concepción de las ideas y creencias para la comprensión y explicación histórica de las doctrinas aristotélica de la evidencia, estoica de la imagen cataléptica, de toda tal filosofía en general; quizá algunos de los ingredientes de las consideraciones sobre la intuición (pág. 66 sigs.).

<sup>4</sup> En español, y por ende subrayado, en el original.

mente subrayada?" (pág. 191). "Si es exacto, en efecto, que entre el racionalismo dogmático y estático, por una parte, y el relativismo integral o solipista, por otra parte, es posible una *via media*, es lícito pensar que la exégesis orteguiana de la razón peripatética y de sus ambigüedades debe comprenderse íntegramente en función de la compleja idiosincrasia del autor de las *Meditaciones del Quijote*, extraña al integrismo extrinsecuista y autoritario, como al nihilismo escéptico y disolvente. Mediante esta útil precaución, puede situarse la severa crítica emprendida por Ortega respecto de la concepción antigua de los principios en el cuadro de la mentalidad filosófica de la primera mitad y del centro de nuestro siglo xx, descuartizado entre el idealismo y el materialismo, pero que pretende rebasar al uno y al otro con la 'razón vital e histórica'" (página 17). Lo exacto es sobre todo esto último. Pero nada de todo ello es tampoco utilizado como la susodicha clave.<sup>5</sup> En el mismo sentido habría, probablemente, operado, el haber tomado en cuenta la cronología más exacta posible de la producción de Ortega en las beneméritas referencias antes encomiadas a los otros textos de ella.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Si se recuerda la vehemencia de algunas polémicas de las mocedades de Ortega y de su nunca mitigada repugnancia por la chabacanería española, cabe figurarse su regodeo en la indignación e irritación de los "frailazos" españoles ante la negación hasta de nada menos que del principio de contradicción, y ante la imputación de sensualismo a la filosofía de la Iglesia, hechas desde la cima de la suma *Kultur* de aquellos días de principios del siglo.

<sup>6</sup> Un par de ejemplos —aparte de lo inserto en la nota 3. El lugar excepcional hecho a Platón en la primera parte del *Leibniz en general* responde bien al hecho aducido en el pasaje de la pág. 186 sig., antes citado, por el propio Profesor Guy. Repárese, ahora, en la cronología de los escritos de Ortega citados en la siguiente nota (426, pág. 193) y singularmente en la excepcional reserva relativa a Platón en la primera parte del *Leibniz*: "le acaece, sin embargo, a Ortega declararse hostil al idealismo (cf. *El tema de nuestro tiempo*, *Med. del Quijote* y *Prólogo para ale-*

Nada de lo anterior obsta para que el volumen del Profesor Guy haya conseguido, y brillantemente, las finalidades que el autor es propuso al componerlo —y aun alguna que quizá no se propuso.

La más ambiciosa en general es aquella por la que "dejando de lado, en cierta manera, al célebre filósofo español, nuestro estudio entiende dirigirse a todos los familiarizados con la filosofía del Estagirita y tiene por ambición añadir una piedra más al inmenso edificio de la historia del aristotelismo" (pág. 16). La más interesante para muchos lectores pudiera ser la de refutar definitivamente una manera de ver y juzgar a Ortega muy difundida entre las gentes de habla española cuando todavía no había obtenido Ortega el reconocimiento obtenido ahora ya en países de otras lenguas, menos difundido entre las gentes de una y otras hablas desde la obtención de tal reconocimiento, pero quizá persistente aún entre algunas gentes de habla española y muchas de alguna otra: "ciertos no-especialistas de la filosofía de lengua española creen a veces poseer perentorios argumentos para apartar de Ortega a los lectores filósofos. La reciente publicación de *La idea de*

*manes*), como también alzarse contra una admiración demasiado 'beata' por Platón (*[Idea del] P[incipio]*, pág. 206 y *Vives-Goethe*, 1962, pág. 81)". Bien entendido que los dos textos reeditados en este último volumen no son de 1962. —Las dos visiones y apreciaciones de la Escolástica por Ortega, la del *Leibniz* y la del *Galileo*, "El filósofo español ya se había preocupado por la Escolástica, en *En torno a Galileo*, desde 1933... Allí hacia un cuadro detallado y muy favorable de las diversas fases de la filosofía medieval, cuyo vuelo le parecía corresponder al progresivo triunfo de la razón e incluso del humanocentrismo" (páginas 16 sig.). "En resumen, a los ojos de Ortega (que abandona aquí su primitiva visión, más serena, de la Edad Media)...". —Los subrayados son míos. Ciertamente, el *Leibniz* se redactó una decena de años después que el curso sobre Galileo, pero ¿y si se hubiera redactado sobre la base de un material datante de una veintena de años antes que el curso? Cf. en las págs. 81 sigs. las ideas de Ortega en un trabajo de 1913.

*principio* ya no permite, en adelante, una tal opinión . . . Este importante volumen “prueba, de manera palpable e irrefutable, que Ortega tenía tanta capacidad como cualquiera para escribir un libro de filosofía en el sentido considerado en nuestros días como el más estricto del término”.<sup>7</sup> Para demostrar documentalmente la justeza de esta afirmación, nos ha parecido interesante estudiar (págs. 12 sig.) lo que estudia el Profesor Guy en el libro objeto de esta reseña. Y las últimas palabras de él son: “Si, pues, Ortega se nos presenta, en último análisis, como un historiador de la filosofía perfectamente válido, bien que muy personal, es que supo ser también, en un mismo movimiento, un coherente filósofo de la historia, que ha interpretado en una visión ampliamente sintética el conjunto entero del devenir occidental en marcha hacia ‘cada vez más luz’”.<sup>8</sup> Haciéndolo, nos parece haber confirmado plenamente, con su alto ejemplo de lucidez y sabiduría, esta fórmula en la que tan felizmente resumió Gaston Berger la actitud auténticamente filosófica: ‘Entrar en la carrera filosófica es recusar, de una vez por todas, los argumentos de autoridad y decidir no ceder más que a la verdad de las razones o a la realidad de las experiencias’” (pág. 199). Es cierto que Ortega llegó a quejarse de semejantes defensas, en particular de las hechas por discípulos con los cuales creo poder darme por aludido muy en primer término: “He debido soportar en silencio, durante treinta años, que los imbéciles me acusen de no hacer otra cosa que literatura y, lo que es peor, he tenido que soportar que mis propios discípulos crean deber plantear la cuestión de saber si lo que yo hacía era literatura o fi-

losofía, y otras estupideces provincianas de este jaez.”<sup>9</sup> Sin dejarse desconcertar por el *ex abrupto*, quizá psicológicamente posible sólo después de haber Ortega obtenido el reconocimiento antes mentado, cabe puntualizar que sus propios discípulos creímos deber plantear la cuestión de saber si lo que hacía Ortega era literatura o filosofía, no porque dudásemos de la respuesta, sino para responder a la cuestión, planteada por otros, con la respuesta que nosotros creíamos justa —anticipándonos al repetido reconocimiento. En todo caso, Victoria Ocampo citó, en los recuerdos de Ortega con que contribuyó al número de *Sur* dedicado a Ortega a raíz de su muerte, el reproche que Ortega le hizo en cierta ocasión por sus ingenuos y estériles esfuerzos para que los franceses le tomaran en serio, es decir, como filósofo. Es posible, en efecto, que hayan sido, y hasta que sigan siendo, los franceses los más reacios a tomarlo así, a diferencia, desde luego, de los alemanes, pero también de gentes de lengua inglesa y los italianos. Si así fuese realmente, este libro del Profesor Guy podría ser un hito en la historia de la localización de Ortega en la historia de la filosofía contemporánea y, con ella, en la de la universal.<sup>10</sup> Y sería motivo suficiente para que se lo agradeciésemos particularmente los discípulos de Ortega celosos de la autenticidad filosófica de nuestra progenitura, en virtud de la cual no somos unos expósitos intelectuales, sino hijos de padre conocido y egregio.

JOSÉ GAOS

*Mito y existencia. Preliminares a una teoría de las iniciativas espi-*

<sup>7</sup> Es cita de la reseña mentada en la nota 1.

<sup>8</sup> El “pensar circunstancial” en materia de historia procede por golpes de vista total, por intuiciones sinópticas, panorámicas, de la historia, bajo el punto de vista de la circunstancia del caso, pura y simplemente; lo que no es incompatible con recurrencias, como no lo es el “pensar circunstancial” en general.

<sup>9</sup> Citado de *Origen y epílogo de la filosofía*, México, 1960, pág. 90 n., en las págs. 11 sig. del libro de Guy.

<sup>10</sup> Mas, si se toma en cuenta la colección en que aparece, *Nouvelle Recherche* destinada a indagar los problemas de la civilización en la actualidad en que se está gestando el futuro.